

"Los mapuche, Perón y la *Compañía de Tierras del Sud Argentino*. Aportes para pensar las relaciones entre patronos y trabajadores en el noroeste del Chubut en la primera mitad del siglo XX."

Hernán Schiaffini
CONICET - UNPSJB Sede Esquel
Eje temático 1: Historia agraria y agroindustrial
hernanschiaffini@gmail.com

Resumen

Intentaremos poner en tensión un conjunto de discursos relativos al mundo de los trabajadores rurales indígenas de la región noroeste del Chubut durante ciertas décadas del siglo XX.

En especial nos interesan algunas formas patronales de construcción del trabajador mapuche en el ámbito de la *Compañía de Tierras del Sud Argentino* (CTSA), en contrapunto con las disposiciones del *Estatuto del Peón Rural* (1949) y la apropiación que de tal instrumento pudieron hacer algunos contingentes de trabajadores.

La hipótesis que proponemos es la siguiente: la sanción del *Estatuto del Peón Rural* significó para los trabajadores rurales indígenas un proceso de acceso/ampliación al goce de derechos ciudadanos y laborales, aunque desde su identidad como "trabajadores", no como *mapuche* ni como pueblos preexistentes.

Tal innovación propició transformaciones en las relaciones laborales y mejoras en las condiciones de trabajo, lo que, asociado a experiencias recientes de pauperización y empobrecimiento nacidas de la crisis mundial de 1929, permitió situar a los dos primeros gobiernos de Perón en un lugar privilegiado de la memoria colectiva de los trabajadores rurales indígenas.

Introducción

Queremos traer al debate algunas referencias empíricas respecto de las primeras cinco o seis décadas del siglo XX y contextualizar algunos discursos que circularon en ese momento y continúan resonando en algunos posicionamientos actuales.

La hipótesis que proponemos es la siguiente, en tres partes: a) la sanción del *Estatuto del Peón Rural*, en 1949, significó para los trabajadores rurales indígenas un proceso de acceso/ampliación al goce de derechos ciudadanos y laborales, -aunque desde su identidad como "trabajadores", no como *mapuche* ni como pueblos preexistentes-; b) tal innovación propició transformaciones en las relaciones laborales y mejoras en las condiciones de trabajo que, asociadas a experiencias recientes de pauperización y empobrecimiento nacidas de la crisis mundial de 1929, permitieron situar a los dos

primeros gobiernos de Perón en un lugar privilegiado de la memoria colectiva de los trabajadores rurales indígenas; c) tal experiencia, dialéctica e inextricablemente ligada a los posicionamientos patronales, configuró las bases de un conjunto de estrategias sociales cuyas estribaciones perduraron en las décadas siguientes.

Marco histórico

El territorio del noroeste de la actual provincia del Chubut fue incorporado al control del Estado nacional argentino a fines del siglo XIX, como parte de un amplio proceso de expansión militar impulsado, entre otros factores, por la consolidación de la elite positivista ilustrada (la llamada "Generación del '80") en la gestión del aparato de gobierno, la modernización y disponibilidad del Ejército tras la Guerra del Paraguay y el incentivo económico para la exportación representado por la demanda de materias primas de los países europeos (Viñas, 2008; Bechis, 2010).

Antes del avance militar, el territorio que aquí nos ocupa era habitado y organizado de manera autónoma por distintas unidades sociales pertenecientes a los pueblos originarios de la zona.¹ Y fuera como zona residencial o como parte de un circuito de comercio, el lugar se hallaba integrado a encadenamientos sociales, políticos y económicos que en ocasiones abarcaban miles de kilómetros.

Tal situación autónoma de las sociedades indígenas fue radicalmente transformada por la intervención militar y la posterior reorganización del territorio. No vamos a desarrollar aquí, por cuestiones de espacio, las complejidades de estos procesos. Baste enumerar a la muerte, la prisión, la deportación forzosa, el agrupamiento en campos de prisioneros y los trabajos forzados como destino de grandes contingentes de población indígena, como enseñan los trabajos de Viñas (2008), Mases (2002), Delrío (2005) ó Nagy y Papazian (2011). El resultado fue una profunda desarticulación de las sociedades originarias, la pérdida de su autonomía política y su alienación respecto del territorio que ocupaban.

La re-apropiación del territorio por parte de la sociedad criolla tuvo como una de sus formas al latifundio. Junto a las colonias y reservas pastoriles destinadas a

¹ Cabe decir aquí que ni mapuche ni "tehuelche" deben ser entendidos como unidades políticas con jefaturas centralizadas, sino como grupos familiares de diferentes tamaños que podían, según las circunstancias, unirse o separarse según lo juzgaran adecuado (lo que se llama, en la literatura antropológica, "procesos de fisión-fusión").

inmigrantes e indígenas² y los "pequeños" lotes de 625 hectáreas con que se pagó a los soldados participantes de la campaña militar, emergieron enormes propiedades unificadas bajo el control -muchas logrado *testaferros* mediante- de un sólo o de pocos propietarios (Minieri, 2006).³

Formalmente nacida en 1889, la fundación Compañía de Tierras del Sud Argentino (CTSA) se inserta en estos procesos, como una iniciativa de capitales británicos.

Asentada en una amplia región que abarcaba desde Pilcaniyeu (Río Negro) hasta las costas del arroyo Lepá cerca de Esquel (Chubut), la Compañía se dedicó desde su inicio a las actividades ganaderas. Las largas distancias con los puertos y mercados le forzaron a llevar adelante largos arreos, utilizando rutas indígenas preexistentes (de hecho, muchos de los caminos hoy consolidados como rutas nacionales o provinciales tienen ese origen).

Una de las opciones utilizadas era trasladar vacunos hacia la bahía de Cochamó, en Chile, mediante el paso hoy conocido como "El Manso", donde otra compañía inglesa, la Cochamó Company, estaba asentada sobre la costa del Pacífico. Toda la estructura productiva de la zona estaba orientada en esa dirección, y no sería sino hasta después de la década de 1930, con el establecimiento de aduanas en la frontera como parte de una planificada re-orientación hacia el Atlántico, que estos circuitos declinarían.

Si, en cambio, Buenos Aires era el destino, era necesario llevar el arreo hasta Neuquén para abordar el ferrocarril. Recién en la década de 1940, con la llegada del ferrocarril Viedma-Bariloche y el tendido del Trochita (Ing. Jacobacci-Esquel) la Compañía quedará integrada a través de los rieles con el puerto de Bs As.

Como veremos, la nueva situación territorial trajo aparejadas nuevas relaciones sociales y nuevos actores: contingentes indígenas que se transformaron en asalariados rurales, mercachifles y comerciantes en proceso de expansión, pequeñas y medianas casas comerciales en avance sobre el territorio y administradores en empleaban mano de obra mapuche y negociaban con las agencias estatales las condiciones de sus inversiones.

² Si bien existieron intentos de re-poblamiento mediante colonias de inmigrantes, la experiencia no se desarrolló demasiado. Igualmente con las "reservas indígenas": sólo se establecieron aquellas cuyos líderes lograron gestionar con éxito los títulos sobre la tierra. Al respecto, Briones y Delrio (2002).

³ Ramón Minieri, Profesor de Historia y escritor de la ciudad de Viedma, realizó en *Ese ajeno sur* (2006) un pormenorizado análisis de la correspondencia interna de los administradores y gerentes de la Compañía, material al que tuvo acceso privilegiado por motivos casi azarosos. Aquí abundaremos en referencias a ese trabajo.

1929: antes y después de la crisis

La década de 1920 es una de prosperidad para la Compañía de Tierras del Sud Argentino. Son años de altos precios internacionales para las materias primas, impulsados por la guerra mundial y las políticas económicas argentinas orientadas al perfil de "granero del mundo".

Las exportaciones avanzan y las ganancias crecen. Se realizan mejoras de infraestructura tales como obras de riego, cabañas y se preparan campos para la producción autónoma de pasturas. Simultáneamente se pagan utilidades a los accionistas en Londres (Minieri, 2006).

En esta época incluso algunos productores mapuche, asentados de manera más o menos consolidada en territorios de la meseta de Chubut y Río Negro se convertirán en ganaderos que rebasan la mera actividad de subsistencia. Como señalaba la Comisión Inspectorada de Río Negro 1919-1920, había parajes donde algunas agrupaciones familiares reunían más de mil cabezas lanares y centenares de caprinos. Igualmente aparecen en los relatos orales sobre este tiempo referencias a producciones agrícolas de relativa importancia en la zona de Cushamen, que integraban el territorio hacia la cordillera a través de caminos y rastrilladas antiguas.

Acá había un camino vecinal hacia Costa del Lepá. Por acá pasaba la gente para moler trigo a los molinos. Venía gente de Ranquil-Huao y pasaba por esta zona para ir rumbo al Pedregoso (Entrevista en terreno, Cushamen, Marzo de 2017).

Y también

Los parajes de Blancura, Río Chico, Cushamen llevaban trigo y esto era zona de paso (Entrevista en terreno, Cushamen, Marzo de 2017).

La referencia apunta a la época de las primeras décadas del siglo XX, cuando la región era productora de trigo y había varios molinos instalados en Esquel, Trevelin y El Bolsón (Mendes, 2013).

La crisis económica mundial detonada por el crack financiero de *Wall Street* tuvo un efecto devastador sobre estas producciones.

La consiguiente caída de los precios de las materias primas fue verdaderamente espectacular. Ni un solo país latinoamericano quedó a salvo. Entre 1928 y 1932 [...] el valor unitario de las exportaciones cayó en más del 50 por 100 en diez de los países de los que disponemos de datos. (Bulmer-Thomas, 2002: 252).

Lo cual, en el caso concreto, se expresa en los siguientes guarismos:

Las cuentas de la ASLCo [*la CTSA*] no quedaron inmunes ante estas viscosidades [*de la crisis*]. El descenso en el precio de la lana, según los informes de la empresa, fue de un valor de 100 en 1928, a un valor 13,12 en 1932. Este último fue el peor año para la compañía: la venta de la esquila, que en 1927, año normal, había aportado un ingreso de 103.000 libras, sólo rindió en 1932 un total de 38.000 libras. En cuanto a las ventas para frigorífico, en ese mismo año sólo se colocaron 82 novillos en la provincia de Buenos Aires. (Minieri, 2006: 267-268). La aclaración es nuestra.

Y también:

Como consecuencia de esta crisis, entre 1930 y 1932 no se pagaron dividendos a los accionistas. Además, entre 1929 y 1932 se extrajeron casi 20.000 libras de reservas y remanentes para enjugar las pérdidas. Los porcentajes de los resultados negativos quedaban formalmente disimulados mediante esta afectación de los recursos que restaban de ejercicios anteriores. (Minieri, 2006: 268).

Como en toda crisis capitalista, los que más afectados resultan son los productores pequeños. Los capitalistas grandes tienen acceso al crédito, reservas o capacidad de ahorro, e incluso pueden apelar a balances anteriores para amortiguar los efectos de la baja de los precios. Los productores pequeños no cuentan con estas herramientas y una caída de los precios internacionales puede significar su bancarrota.

Efectivamente, en el caso de que algunas agrupaciones mapuche, tras haber sufrido avanzadas militares, desmembramientos familiares, destrucción de su autonomía política y procesos de relocalización forzosa, hubieran logrado, pese a todo, establecerse medianamente a través de la producción ganadera, la crisis del '29 les asestó otro fuerte golpe. Al proceso de expropiación a gran escala y largo plazo que estaban sufriendo debía añadirse ahora la crisis y, ligado a ello, el accionar de

comerciantes, mercachifles y compañías comerciales que, aprovechando la caída de los ingresos domésticos, capturaron mediante el crédito y la deuda los futuros de las familias y en muchas ocasiones terminaron cobrándose con el territorio mismo, como señala Delrio.

Luego de las primeras cesiones de tierra a los grandes capitales, inmediatamente concluida la anexión de dicho territorio por parte del estado argentino, durante las décadas de 1920 y 1930, se acentúa la acumulación de dicho recurso por parte de medianas y pequeñas compañías comerciales. Esto fue llevado a cabo a partir de distintos mecanismos de expropiación de pobladores de tierras fiscales y de comunidades indígenas. (Delrio; 2005: 219).

En los años que siguen a la crisis, los relatos de los pobladores mapuche de la meseta hablan de una profunda situación de pobreza:

"Mis viejos andaban en patas y se vestían con sacos de harina. Cazaban pajaritos y liebres para comer. Hacían falta veinte pajaritos para hacer una comida." (Entrevista en terreno, Cushamen, Marzo de 2017).

Venden incluso su fuerza de trabajo, despertando suspicacias respecto de cómo la CTSA habría logrado sortear los tiempos de crisis:

"A veces trabajaban para la estancia [*la CTSA*] y les pagaban con bolsas de manzana, o bolsas de papas pequeñas". (Entrevista en terreno, Cushamen, Marzo de 2017).

Y también "*viajaban mucho. Trabajaban mucho para volver con muy poco. No conocían fruta ni verdura.*" Y si acaso recibían bolsas de manzanas como salario, había que racionar: "*un gajo de manzana para cada uno*". (Entrevista en terreno, Cushamen, Marzo de 2017).

A nivel internacional los precios internacionales de las materias primas recién irán recuperando terreno a finales de la década de 1930, pero para muchos productores de pequeña escala el daño ya estaba hecho: no lograrían atravesar el proceso. Deberán liquidar su hacienda, abandonar el campo y asalariarse donde el mercado lo permita. La CTSA, en cambio, ya volvía a hacer buenas ventas hacia 1934-35 (Minieri, 2006:

269) y en 1937 ya había restablecido sus niveles de recaudación a los que alcanzaba en 1927. Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial sus ventas aumentarán aún más, alcanzando niveles récord para 1942, a pocos años del surgimiento del movimiento peronista y la sanción del Estatuto del Peón Rural.

El Estatuto del Peón en los campos chubutenses

En 1949 la sanción del Estatuto del Peón Rural, acompañada por el reforzamiento de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social en tanto institución de referencia para las cuestiones laborales y la Gendarmería como organismo de control forzó modificaciones en las disposiciones de la Compañía para con sus trabajadores.

Primero había sido el aumento de los salarios lo que había motivado cierta inquietud en los administradores de la CTSA:

No sé si han visto la escala salarial que habrá que pagar a todos los peones en Chubut; por cierto es muy pesada. Estaré el lunes en El Maitén, donde trataré de saber por el Comandante de Gendarmería, cuándo entrarán en vigencia estas cifras [...] Tendremos que revisar drásticamente la cantidad de empleados para ver cuántos pueden suprimirse. Si ganan el doble, tendrán que trabajar mucho más por ello." Carta de W. C. G. Mackinnon en 1944, citada por Minieri (2006: 287).

Y luego, revelando algunos canales de comunicación y negociación con las autoridades, se hacían las gestiones para desembolsar lo menos posible en dinero y "compensar" mediante otras opciones, como la de permitir que los caballos de los peones pastasen en terrenos de la Compañía. De tal manera la empresa reducía sus erogaciones a la vez que habilitaba que los peones trabajasen con sus propias herramientas:

al recibir su carta lo vi al Dr. Gerosa pidiéndole que haga lo posible para posponer el tema hasta que yo vaya personalmente a Esquel a fin de mes. Vio a las autoridades locales de Previsión Social, que estuvieron de acuerdo. [...] En una carta de que recibí del Dr. Gerosa al llegar aquí ayer, después de explicar la posición de la Compañía como ud. la plantea, apuntando que se considera como costumbre reconocida para esta gente el uso de sus propios caballos, dándoseles libre pastoreo para sus tropillas, él cree que no habrá problemas con las autoridades para llegar a un arreglo satisfactorio". Carta de W. C. G. Mackinnon al Gerente de la Seccional Leleque en 1945. Citada

por Minieri (2006: 288).

A partir de mediados de la década de 1940 las "mejoras" para los puestos y las condiciones de trabajo de los empleados requirieron de inversiones por parte de la CTSA. Forzados por la presión política e institucional, se vieron obligados a incluir en cada puesto una mesa, dos sillas, dos tenedores y dos cucharas, un balde para limpieza, una escoba y un asador. También a garantizar que los alojamientos tuvieran cielorrasos y baños (Minieri, 2006: 288).

Los aumentos de salarios bajo el gobierno peronista también tenían sus efectos sobre el trabajo administrativo, que se multiplicó, cosa que irritaba a los administradores. Un comentario interesante está dado por el Informe Anual de la Gerencia General de 1951:

El Sr. Mauricio Braun Menéndez pasó por aquí hace dos días y me informó que en todas sus estancias pedirán a todos sus peones una carta mensual afirmando que no aceptan abrir una caja de ahorros, adelantándose al párrafo 3 del artículo en cuestión. [...] Así evitaríamos aumentar la tarea de teneduría de libros en estancia. Por este último decreto absurdo y ridículo, cada peón debe aportar obligatoriamente el 10% de su salario; o bien la suma de \$3 a \$1 por mes. Citado por Minieri (2006: 293).

En 1951 aumentan los salarios. En 1954 vuelve a haber en la correspondencia referencias a aumentos. En 1955 se promulga la ley de jubilaciones y con ellos vuelven a aumentar las erogaciones de la Compañía.

Igualmente en esos años hay mejoras para el personal temporario que trabaja en la esquila. No sólo aumentan sus salarios sino que mejoran las condiciones de trabajo y descanso, regulándose un mínimo de 16m² por persona para las habitaciones o barracas donde dormían los trabajadores.

El período abarcado por los años del primer peronismo refleja entonces un proceso general de mejora tanto de las utilidades de la Compañía como de las condiciones de sus trabajadores, sin que haya una vinculación necesaria entre estos fenómenos: la inversión en mejoras de las condiciones de trabajo son producto de una presión política y social y no una especie de "derrame" de las ganancias.

Como la propia Compañía reconoce (Minieri, 2006) son años de relativa calma y paz

social , sin conflictos laborales.

Si, como señalan algunos autores (Lattuada, 2002; James, 2010) el discurso más "agrarista" del peronismo alcanzó su clímax hacia 1949-50 para luego retraerse y tomar un cauce mucho más conservador, algunos de sus logros marcaron fuertemente la memoria de quienes se vieron inmersos en tal coyuntura.

Perón en la memoria mapuche

En efecto ¿qué consecuencias tuvieron estas transformaciones para los trabajadores? Si nos hemos asomado a la perspectiva de la Compañía, ¿cuál es, entonces, la mirada desde el contingente laboral?

Habíamos visto que los coletazos de la crisis mundial de 1929 habían significado para los pobladores originarios de la región un profundo proceso de empobrecimiento. A más de una década de sufrir condiciones de vida muy difíciles ¿que significaron estos años de suba de salarios y reconocimientos de algunos derechos?

Vamos a transcribir, entonces, algunos testimonios que nos permitan sondear el alcance de estos procesos sobre las experiencias de los trabajadores, mayormente pobladores mapuche de la zona. Para empezar, como señala Delrío debemos considerar que *"el estatuto del peón rural es recordado en la memoria oral como el fin de una etapa en las relaciones de explotación laboral, constituyendo una medida que beneficiaba tanto a peones indígenas como no-indígenas"* (2005: 228).

En efecto, al interpelar a los peones desde su identidad como trabajadores (y no como "pueblos indígenas" o alguna categoría semejante) nos acerca a la idea de "ciudadanización" con que algunos autores (por ejemplo Iñigo Carrera, 2000; James, 2010) caracterizan al proceso peronista. Esto se evidencia también en medidas como la entrega de documentos de identidad y ampliación de derechos civiles.

El gobierno de Perón, sí hizo, que dejó documentadas, eso que trajo la Eva cuando le hizo documentar a las mujeres... que todos tenían que tener documentos para tener derecho [...]. Después por el asunto de los sueldos, también dictó una ley que tenía que pagarse, trabajar ocho horas en el día y pagar bien, lo mejor que se pueda, con comida libre por lo menos, esa es la ley que dictó él, el primer gobierno, y después otra cosa no. (Entrevista en Delrío, 2005: 228).



Afiche de conmemoración del Día de la Raza de 1947. Un fuerte discurso hispanista acompañaba estas imágenes.

Y también en las ayudas económicas que recibían los pobladores

medidas como la entrega de distintos objetos en las escuelas, o a través de la gendarmería: calzado, vestimenta, libros y alimentos: “eso ayudó mucho... finadito Perón, mandaban eso alimento para comer, los que tenían muchos chicos mandaban seis, siete bolsas de esos de maíz”. (Entrevista en Delrío, 2005: 229).

Porque los años previos al Estatuto del Peón se recuerdan no sólo como años de pobreza en el lugar propio, sino como época de explotación en las estancias.

A mí me aprovecharon mucho [...] los patrones me joderían en aquellos años. Nos cobraban hasta la cama, nos cobraban la pieza... le cobraban la luz, aunque tendía en un cuero uno, igual le cobraban el cuero que tendía, le cobraban la luz, le cobraban la pieza, le cobraban la... la cama, aunque

tienda puro cuero uno, le cobraban todo el cuero que tendía, cuando vino Perón, ahí mejoró, cuando ya fue entrado Perón, ahí era... finado Perón ayudó mucho, no me cobraba ni una cosa. (Entrevista en Delrio, 2005: 228).

Es una transformación evidente que si al personal temporario de esquila, por ejemplo, se le cobraba el alojamiento en las barracas mientras duraba el tiempo de su trabajo, el que dicho cobro desapareciera y además se mejoraran las condiciones edilicias significaba un panorama de renovación. Así la imagen de Perón como benefactor se instala y desarrolla, anclándose en el voto pero también en el afecto popular.

[la gente] contenta, contenta, alojar al campo, todo. Contenta de dar su voto a Perón, contenta, contenta. Ya habían valido los frutos, imagínese usted, ya los rurales le habían aumentado el precio, le habían hecho buenas comodidades, entonces, quién no iba a votar a Perón. ¿No es así? Claro, ya usted tenía sus derechos, si el patrón lo maltrataba, usted tenía sus derechos donde irse a quejar. Porque estaba enfermo y... ¡Tomá la puerta y andá a curarte! No, usted si iba, le hacía trabajo de previsión, y no, tenía que curarlo el patrón y no quitarle el trabajo. Así qué no iba a estar contento así, imagínese. (Entrevista en Delrio, 2005: 229).

A la vez, el sentido de la instituciones también se transforma. La "previsión" aparece como un lugar de aliados y hasta la Gendarmería, brazo ejecutor de las políticas del Estado nacional (recordemos que los administradores de la estancia se dirigían a los Comandantes para saber cuándo entraría en vigencia tal o cual medida) parece estar del lado de los mapuche, distribuyendo libretas de enrolamiento.

Me acuerdo bien que llegaron la gendarmería, vinieron la gendarmería y dice: "bueno, este... don José, bueno, tiene que ir y votar, van a votar por este presidente, por el general Perón, Juan Perón". No sé como era que dijo: "bueno, tiene que votar por ese, dice". Y bue, "tienen que votar" pero la gente esos años todavía no tenían la libreta ¿viste? la libreta que se usa ahora, la cívica, de enrolamiento. Tenían que primero enrolarse, sacar la libreta de enrolamiento y después votaban. Claro, con la gendarmería corrió a todos los pobladores y fueron toda la gente. A enrolarse, ya algunos tenían 20 años, o más de 20 años la gente [...]. Y bueno, fueron hombre, mujer ¡pero, cantidad a votar! (Entrevista en Delrio, 2005: 229).

Perón y después: la restauración conservadora

Mencionábamos páginas arriba que una buena recaudación por parte de una empresa

no necesariamente se traducían en derrama económica generalizada. El fin del gobierno peronista (que ya había desacelerado mucho, por cierto, las presiones hacia el capital), puso esto muy en evidencia.

El 24 de Enero de 1959 Osvaldo Bayer publicaba en *La Chispa*⁴ una breve nota que relata una reunión acontecida en el marco de la Sociedad Rural de Esquel. Se titula: "Leleque no pagar":

En la asamblea de socios de la Sociedad Rural de Esquel de principios de Noviembre [*sería de 1958*] se puso en descubierto una vez más la falta de respeto por la ley y la forma en que se actúa contra los intereses de los trabajadores argentinos.

Entre los "sacrificados ganaderos" se discutía el pago del aumento a los peones de campo. Muchas eran las tesis, se gastaban muchas palabras [...]

Una figura larga y flaca, como un fideo en salsa inglesa, había emergido de las sombras para expresar solamente estas tres palabras:

- Leleque no pagar.

Un atronador coro de voces aprobatorias se levantó. La tesis de don Luis Paine era la justa, lo que le convenía a todos los "sacrificados" ganaderos. [...]

Luego de esto el "productor" volvió a aburrir al auditorio hasta que el inglés quebró al del monólogo para decir:

- Leleque no tener plata.

Así es. Los latifundistas ingleses dicen no tener plata para pagar el pan de los trabajadores criollos, que con el sudor de sus frentes mantienen a todos estos "místers" y "ladies" de Londres, que se hallan prendidos como garrapatas de nuestra sangre.

"Leleque no pagar", esta frase pasará a la historia de la expoliación inglesa de la tierra argentina. (*La Chispa*, N° 3, Enero de 1959). La aclaración es nuestra.

Y también hay una carta de Paine al Estudio Gerosa en Esquel, en 1958, que abona la idea que la Compañía estaba escasa de efectivo:

Era el empleado mas viejo de la estancia, con casi 50 años de servicios. Le tocarían 25 meses de indemnización. ¿No se le podría haber dado de baja por exceso de edad? Entendemos que la indemnización no debe pagarse. (Carta de T. H. L. Paine al Estudio Gerosa en Esquel. En Minieri, 2006: 219).

⁴ *La Chispa* fue un periódico que se publicó en Esquel entre 1958 y 1959. Sólo se editaron ocho números porque Bayer, su director, fue presionado por las fuerzas de seguridad para abandonar la localidad. Agradezco a Jorge Oriola por la referencia de esta noticia y a Tomás Natiello por el acceso a la edición facsimilar del periódico.

Y es que este viejo empleado, llamado Angel Toma, acababa de morir dejando como efectos personales "una valija de cartón usada, una bombacha de género de lana muy vieja, una camisa de algodón de trabajo muy vieja y demás artículos de ropería y uso personal en estado de deterioro por uso y vejez". (Minieri, 2006: 2019).⁵

"Una estancia en Patagonia"⁶

Otra mirada, distinta aunque igualmente cargada del universo de sentidos y significados asociados a las distancias entre patronos y peones, encontramos en el libro de Nora Traill de Mackinnon: *Leleque, una estancia en Patagonia* (2005).

Nora Traill se había criado en Santa Fe y había sido educada por gobernantas inglesas hasta los doce años. Estudió luego en un internado inglés en Hurlingham. Descendiente de irlandeses, perdió a su primer marido, un argentino voluntario de la Fuerza Aérea Canadiense, en la Segunda Guerra Mundial.

En 1954 se casó con Charlie Mackinnon⁷ y se mudó a la Patagonia. Vivieron en varias estancias, a medida que Mackinnon ascendía en la Compañía, de la que llegó a ser Gerente General. Veinte años pasó en Leleque, al pie del Santa Rosa. Algunos menos en la Estancia El Maitén y otros recorriendo las diferentes propiedades de la Compañía en Chubut, Río Negro, Neuquén y Buenos Aires.

Su libro autobiográfico se inspira, dice ella, en las colaboraciones que hacía para el *Buenos Aires Herald* a instancias de Robert Cox primero y de James Nielsen después. Andrew Graham-Yooll también es mencionado como posibilitador de la edición.

Está eminentemente pensado para un público inglés, y su traducción al español se dio años después de las primeras publicaciones. Incluye en uno de sus capítulos la descripción de un *camaruco* en Cushamen; y refleja la vida de la estancia desde su personal perspectiva, la de la esposa del director, preocupada por los quehaceres de la casa, el jardín, la huerta, la crianza de las hijas y la organización de la vida social de

⁵ Minieri (2006) también transcribe algunos pasajes de la correspondencia de los administradores en que intentan eludir los pagos de indemnización en casos de accidentes laborales. En 1939 falleció el peón Segundo Ibáñez y Mackinnon instruyó al subgerente Weaver para pidiera al Comisario Luna alguna prueba de que Ibáñez estaba bajo la influencia del alcohol, y por tanto "la Compañía no es responsable". En 1964 falleció Cristóbal Correa, de 19 años, mientras sacrificaban una potranca y Mackinnon decía "*Pagaremos el cajón, el funeral y el permiso para el entierro pero la cosa es ¿quién es responsable? Jara no tenía orden de trabajar el domingo. La indemnización es bastante pesada, creo*" (Minieri, 2006: 218).

⁶ Utilizamos algunos de estos comentarios en una ponencia presentada en el VI Congreso Latinoamericano de Antropología Rural (CALAAR) realizado en Salta en 2016.

⁷ Que no es W. C. G. Mackinnon, a quien conocemos por su correspondencia, sino un pariente más joven.

los empleados de la Compañía, (esto es, de los empleados jerárquicos). Incluye también sugerentes descripciones del trabajo en la estancia antes de su compra por parte del Grupo Benetton, actual propietario.

El "otro" indígena y trabajador se le presenta eminentemente a Nora Traill a través de las empleadas domésticas y los jardineros, por lo que ya no hablamos solamente de peones rurales:

Casi todas las chicas que venían a cocinar y limpiar eran indias, puras o mestizas. Usábamos la palabra "paisano" cuando nos referíamos a los descendientes de las tribus indígenas, por lo general araucanos o tehuelches en esa zona de la Argentina. La mayoría tenía algo de sangre europea. La palabra "paisano" puede significar tanto compatriota como campesino. Para los que creen que la sangre europea es en algún modo superior, la palabra tiene una connotación despectiva. Pero **no** como **yo** la uso. [*Las negritas son del original*].

La mayoría de las muchachas que venían a trabajar a casa eran del pueblo de El Maitén; muchas provenían de la zona más pobre, donde las chozas de madera se levantaban sobre calles que desembocan en el río Chubut, y que apenas dejan pasar un automóvil. Algunas provenían de los niveles más bajos de pobreza. Llegaban vestidas con ropas sucias pero, de la noche a la mañana, se transformaban y se preocupaban por su aseo personal. [...]

Manténían impecable el pelo, los uniformes y su propia persona. Por las noches, solían prender fuego bajo el barril de nafta que servía de tanque en el lavadero, y en la caja de hierro que se usaba para calentar las planchas. Allí, lavaban la ropa, planchaban y tomaban mate a sus anchas.

El placer de tener mucha comida, agua caliente y dinero para gastar pronto desaparecía. Las chicas se cansaban de los horarios de trabajo fijos y después de algunos meses, tal vez un año, desaparecían, habitualmente sin avisar, y volvían a la pobreza sin obligaciones de la que habían venido.

Maitén fue la peor propiedad en la que viví por el cambio constante de personal doméstico, principalmente debido al atractivo del pueblo cercano, pero también porque yo no las comprendía. Durante miles de años sus ancestros habían deambulado por la Patagonia sin calendarios ni relojes, viviendo al día, midiendo el tiempo según la salida y la puesta del sol y el cambio de estaciones, hartándose cuando había comida y arreglándose cuando escaseaba. No se adaptaban a nuestra forma de vida europea, en la que el tiempo se mide en horas y minutos. (2005: 25-26).

Los tiempos del trabajo, las visitas de los jefes, las tareas domésticas, el orden de la casa y la etiqueta, las celebraciones sociales, eran las cuestiones que debían cuidarse y respetarse, y a las que se subordinarían las necesidades, urgencias y problemas de los

demás. Por eso, ante un accidente doméstico, las prioridades eran bien claras.

La única vez que un Director y su esposa vinieron a pasar la Navidad con nosotros en Leleque, la chica que trabajaba en casa se cayó mientras ayudaba a su esposo a domar un caballo, dos días antes que llegaran las visitas. Debió permanecer en cama porque estaba embarazada. Como se trataba de un Director, se mandó un auto a buscar una muchacha muy habilidosa, la hija de un puestero, que ya había trabajado para mí, y resolvimos el problema rápidamente. Una típica crisis de verano. (2005: 124).

Sin embargo, no todo eran malas noticias. Aldina, una de las “chicas” empleadas en el servicio doméstico, trabajó varios años de corrido en Leleque. Se educó hasta ser el orgullo de Nora Traill, y sólo se fue cuando se casó.

Su padre había muerto cuando era una niña, dejando a su madre en la más abyecta pobreza. Cuando la conocí, Aldina vivía en un puesto, detrás de la cadena montañosa que se elevaba frente al casco de Maitén. Tenía dieciocho años cuando vino a trabajar con nosotros [...] Nunca había ido a la escuela, no sabía limpiar ni cocinar.

[...] Se fue ocho años más tarde para casarse con un hombre de la cuadrilla de alambrado [...] Ya para entonces, había aprendido a leer sola y a coser, por correspondencia; había ahorrado dinero suficiente para comprarse una máquina de coser y además se había transformado en una cocinera excelente. (2005: 46).

Los hijos de la empleada fueron a la secundaria, luego a la universidad. Nora Traill cierra ese capítulo reconociendo:

“Aldina no sólo es mi mayor logro, sino también el triunfo de su propio esfuerzo”. (p. 47).

La percepción de lo mapuche, desde esta mirada, aparece delineada a través de múltiples figuras. La pobreza, el aislamiento, la incapacidad de autocontrol (de la que Aldina representa una excepción), la candidez, la herencia nómada que impide seguir horarios de trabajo, la mezcla de sangres, son elementos que se combinan, a veces de maneras contradictorias.

El hogar y su gobierno es el espacio donde Nora Traill se ve obligada a lidiar con la

“otredad”. Ella es la esposa del administrador. Pero fuera de la casa, el espacio está bien separado. La presencia indígena dentro de la estancia responde a las necesidades estrictas del proceso productivo y el territorio mapuche está detrás del alambrado.

A lo largo de la cadena Santa Rosa, una franja de árboles bordeaba la línea de nieve. [...] Un arroyo, el Leleque, corría por la estancia, hasta desembocar en el Río Chubut, que hacía una curva al pie de los cerros macizos que cerraban el valle, al norte. Un poco más allá del río, un alambrado que separaba la estancia Leleque del territorio de la reserva de Cushamen, de donde provenía la mayor parte de los trabajadores. (2005: 49-50).

Y una vez dentro de la estancia, los peones provenientes de Cushamen se ubicaban lejos del casco de la estancia, y cerca del control policial:

En Leleque la casa del gerente, a diferencia de lo que sucedía con la de Maitén, estaba separada del resto del casco por varios potreros. [...] La casa de los peones se ubicaba frente al destacamento de policía, cruzando la ruta, cerca del puente. (2005: 50).

El otro lugar donde se mezclan las personas es la escuela. A cinco kilómetros del casco de la estancia estaba (y sigue estando) la escuela rural de Leleque. Las hijas de Nora Traill acudieron allí algunos años, antes de pasar a un internado en Bariloche.

El nivel de inteligencia y de asistencia de los alumnos de la escuela de Leleque era elevado en comparación con otras escuelas rurales porque, en su gran mayoría, eran hijos de personas que tenían un trabajo estable en la Compañía y, por lo tanto, estaban bien alimentados e iban a la escuela todos los días en una pick up. Unos pocos eran muy pobres, los hijos de ciertos ocupantes ilegales que vivían en unas tierras fiscales cerca de la escuela. (2005: 71).

De entre esta desesperanzadora falta de perspectivas y mejores futuros posibles para los locales, aparecen, sin embargo, excepciones que, como Aldina, “salvan” tanto al patrón como al peón. Tal es la presencia de Floriano Nahuelquir.

Tuve varios jardineros, algunos más trabajadores que otros, pero todos sufrían del síndrome “el lunes, descanso”, hasta que apareció Floriano Nahuelquir. La mayoría de los hombres que trabajan en Leleque venía de

Cushamen, un viaje a caballo de hasta seis horas, según la zona de la reserva en la que viviera. Floriano estaba emparentado con el cacique. Era inteligente y razonaba bien. Tenía algunos conocimientos sobre el cultivo de hortalizas, cuidaba las herramientas y era bueno con los números, tanto que siempre resolvía antes que yo los problemas que requerían un cálculo matemático mental, tales como cuántos plantines de cebolla se necesitaban, aunque era demasiado cortés como para hacérmelo notar.

Era un jardinero excelente y se enorgullecía de su trabajo. No había necesidad de recordarle que debía pasar la azada o irrigar la huerta. [...] Después de un año, dejé la huerta enteramente en sus manos y sólo me ocupaba de ella cuando no estaba. (2005: 107-108).

Además de Floriano estaba Ester.

Ester, que trabajó en la casa durante nuestros últimos años en Leleque, estaba emparentada con Floriano. Era bajita, muy bajita y simpática, y recibía a los invitados que venían a casa como si fuera la suya propia. Su padre era hermano del cacique. Le teníamos afecto y ella a nosotros, pero extrañaba a su familia, y pasaba la mayor parte de su tiempo libre escribiéndoles. Cuando llegaba la época del camaruco en Cushamen, se volvía inquieta y angustiada. Por desgracia el otoño era un período de mucho trabajo en la casa; no podía darme el lujo de que se fuera una semana o diez días, el tiempo que tardaría en llegar al camaruco y regresar. La ceremonia en sí podía llegar de dos a tres días. (2005: 108).

A Floriano ya le había indagado sobre “qué religión profesaba su pueblo” (“el camaruco”, había contestado). Y vemos que, a pesar de estimar mucho a Ester, no podía cederle unos días para que visitara a su familia en tan importante instancia ritual. ¿Cómo llega entonces Nora Traill a presenciar la ceremonia de Cushamen? No lo sabemos bien, fue un arreglo de Charlie Mackinnon.

Cierta vez, cuando se estaba celebrando el camaruco, y la pobre Ester estaba muy deprimida, Charlie nos sorprendió al anunciar que la llevaría al ritual. Joan, que estaba con nosotros, y yo nos sentimos casi tan encantadas como Ester. [...]

Sobre el fondo de la hondonada, rueda alta contra rueda alta, las varas bajas, apuntando hacia afuera, entre veinte y treinta carros de bueyes se había colocado en un semicírculo abierto hacia el este. [...]

Frente a los carros tirados por bueyes, en el centro de toda la escena, se había clavado una doble hilera de cañas. Entre ellas, había latas y envases de plástico blanco que contenían el modai [*sic*], trigo hervido y fermentado.

Las banderas azules y blancas flameaban en las dos cañas centrales y los colores argentinos se repetían en las cintas atadas a las otras cañas. Detrás, dos a cada lado de la hilera, había instrumentos fabricados con cañas de dos metros, cortados en uno de los extremos para insertar a punta de un cuerno y luego unidos con tiras de cuero crudo. Las boquillas de estas trutruucas se apoyaban a la altura de la cintura sobre horquillas hechas con ramas verdes clavadas en la tierra. (2005: 109-110).

La descripción continúa algunas páginas más. Confunde a los *piwichén* con los “pehuenches”, menciona a los caballos pintados, la distribución de muday, el purrún y el sonido de los distintos instrumentos mapuche. Un detalle a resaltar de su narración es la conversación que sostuvo con un sacerdote católico que también estaba presente.

Se permitía pero no se alentaba la presencia de extraños en este camaruco. En esa ocasión había una o dos personas ajenas a la tribu, además de nosotros. Uno de ellos era un sacerdote católico que nos explicó el significado de los distintos rituales. Hizo mucho hincapié en el sentido religioso subyacente, la invocación de un espíritu superior. Se enojó mucho cuando nos contó que durante el gobierno de Perón, se había colocado una fotografía del presidente en las cañas que, a juicio del sacerdote, correspondían al altar. (2005: 110).

La mención de Perón en las cañas es una introducción abrupta de lo político en la descripción del ritual. También lo es, si le creemos a Nora Traill, la actitud del sacerdote. La esposa del administrador nos pinta aquí, sin saberlo, un detalle de la manera en que se vivieron en esta zona algunas de las grandes convulsiones que sacudieron a la Argentina durante toda la segunda mitad del siglo XX. Nos habla de una forma de la disputa entre peronismo y anti-peronismo reducida a un detalle nimio, costumbrista: la ubicación de un retrato en las cañas del *rewe*.

La presencia de Perón en el *rewe* es muy significativa y revela la importancia que se le atribuía al presidente: el espacio de las cañas es un ámbito sagrado sobre el que se ruega, se ofrenda y se establece comunicación con los ancestros, los *ngeñ* y los *pu newen*. Colocar allí el retrato, cosa que si le creemos al sacerdote y a Nora Traill, se hizo, *ponerlo en un lugar donde sólo lo bueno puede estar*, habla del tipo de valoraciones que se asocian a su figura.

Palabras finales

La reconfiguración del espacio territorial patagónico mediante la acción bélica, el genocidio indígena y la reestructuración de la posesión y la propiedad construyeron, en primera instancia, a la tierra como espacio *fiscal*. A continuación la tierra fue apropiada a través de diversos mecanismos, que generaron una fuerte concentración.

Después de las primeras tres décadas del siglo XX el cierre aduanero de la frontera andina, la reorientación hacia el Atlántico y el puerto de Buenos Aires y la crisis de Wall Street impusieron condiciones nuevas a la producción ovina, que se sortearon (o no) de distintas maneras según la escala y capacidades de los productores.

Tal contexto se presenta como un período de pauperización y empobrecimiento para los productores mapuche, que en muchos casos pierden sus tierras y se enfrentan a situaciones extremas de pobreza, proletarización y abandono del espacio rural.

Tal situación, que se extiende por varios años, viene a ser luego equilibrada durante el siguiente ciclo económico expansivo a través de medidas políticas e institucionales que apuntaban a procesos de ciudadanización y ampliación de derechos. El Estatuto del Peón Rural forma parte de estas iniciativas que son instrumentadas por la Secretaría de Previsión Social y llevadas adelante en el territorio a través de la recientemente creada Gendarmería Nacional.

Forzando a la Compañía a reinvertir utilidades tanto en salarios, que aumentaban, como en infraestructura para los puestos y barracas de esquila así como haberes jubilatorios y garantías de salud para los trabajadores, el gobierno de Perón es experimentado por los peones mapuche como una época de mejoras y beneficios para sus intereses.

Las distintas figuras de lo indígena que se manejaban de la Estancia, así como las actitudes de los administradores en torno del ejercicio de los derechos de los trabajadores permiten pensar algunas características de las relaciones entre patrones y empleados en este período y sus variaciones a través de las actitudes e iniciativas estatales. Más investigaciones son necesarias, sin embargo, para profundizar en el conocimiento de estos vínculos y los sentidos de las confrontaciones y disputas entre empresarios y trabajadores.

Bibliografía

- Bechis, Martha, 2010. *Piezas de etnohistoria y antropología histórica*. Bs. As.: SAA.
- Briones, Claudia y Delrio, Walter. 2002 "Patria sí, colonias también. Estrategias diferenciales de radicación de indígenas en Pampa y Patagonia (1885-1900)" en *Fronteras, Ciudades y Estados*. Córdoba: Alción Editora.
- Bulmer-Thomas, Víctor. 2002. "Las economías latinoamericanas, 1929-1939". En *Historia económica de América Latina*. (T. Halperín Donghi Comp.) Barcelona: Crítica.
- Delrio, Walter, 2005. "Mecanismos de tribalización en la patagonia: desde la gran crisis al primer gobierno peronista". *Mem.. am.* 2005, n.13. Bs As: FFyl-UBA.
- Iñigo Carrera, Nicolás, 2000. *La estrategia de la clase obrera en 1936*. Bs As.: La Rosa Blindada-PIMSA.
- James, Daniel. 2010. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*. Bs. As.: Siglo XXI.
- Lattuada, Mario, 2002. "El peronismo y los sectores sociales agrarios. La resignificación del discurso como articulador de los cambios en las relaciones de dominación y la permanencia de las relaciones de producción". En *Mundo Agrario. Revista de estudios rurales*, vol. 3 no 5. Centro de Estudios Histórico Rurales. Universidad Nacional de La Plata.
- Mases, Enrique, 2002. *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1879-1910)*. Bs. As.: Prometeo.
- Mendes, José María, 2013. "El valle y el molino. Un expediente rescatado y las transformaciones de un ambiente. El Bolsón 1900-1950". Ponencia presentada en las *XVI Jornadas Interescuelas de la Universidad Nacional de Cuyo*. <http://cdsa.academica.org/000-010/928.pdf> [Consultado el 19 de abril de 2017].
- Minieri, Ramón, 2006. *Ese ajeno sur. El dominio británico de un millón de hectáreas en la Patagonia*. Viedma: Fondo Editorial de Río Negro
- Musters, George. [1873]. 1911. *Vida entre los Patagones*. Online en <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0012572.pdf> [Consultado en Abril de 2017].
- Nagy, Mariano y Papazian, Alexis. "El campo de concentración de Martín García. Entre el control estatal dentro de la isla y las prácticas de distribución de indígenas (1871-1886)". En *Corpus*. <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/corpus/article/view/392/1593>. [Consultado el 23-07-2017].
- Traill de Mackinnon, Nora. 2005. *Leleque, una estancia en Patagonia*. Bs As: LOLA.
- Viñas, David, 2008. *Indios, ejército y fronteras*. Bs As.: Santiago Arcos.

Fuentes

- Periódico *La Chispa* N° 3, Enero de 1959.
- Informe de la Comisión Inspectora de Río Negro 1919-1920. Archivo General de Río Negro, Viedma.